



LOS POETAS EN EL ATENEO

RESUMEN: I. Poetas líricos.—II. Por qué se habla aquí de Zorrilla.—III. Manuel del Palacio.—IV. Núñez de Arce.—V. La pesca.—VI. Campoamor.—VII. Sus nuevos poemas.

I

POETAS LÍRICOS

Asi se llaman todavía; no es mía la culpa. Muchos poetas líricos hay que no han visto en su vida una lira, ni siquiera traducida del italiano, es decir, una peseta: es más, ya no tienen lira ni los poetas de partido judicial que ganan rosas naturales en los certámenes incruentos. Hace años decían esos muchachos que las cuerdas de su lira estallaban de dolor ó se rompían por lo más delgado; posteriormente los imitadores de Campoamor y de Becquer trajeron las poesías cortas, los vuelos de gallina, los suspirillos germánicos, que dijo con gracia Núñez de Arce, y en estos versos telegramas, en que los vates abrevia-

ban razones, como si cada palabra les costase diez céntimos, ya no cabían las digresiones subjetivas—como decían antes en la Universidad—ni había tiempo en ellos para decir si estaban flojas ó apretadas las cuerdas; nada de eso, se iba al grano, que solía ser maligno. En cuanto á los poetas descriptivos, que parecen calendarios americanos y barómetros, y hasta semáforos, y anuncian los ciclones, y no dejan pasar una nube sin hacerle versos, tampoco usan lira; son predominantemente impersonales, se esconden detrás de la *alma naturaleza*, y vaya V. á dar con ellos.

Pero las cosas desaparecen antes que los nombres. El poeta lírico se llama así á falta de otro apelativo mejor. Más ridículo sería decir poeta subjetivo—y más disparatado.

Dejemos los nombres como están y vamos á las cosas.

La poesía lírica, ¿está llamada á morir en breve? Este problemazo, que parece idea de imberbe secretario de Ateneo, lo discuten muy serios algunos escritores formales. Un crítico portugués, muy discreto, que escribe excelentes sonetos además, dice que la poesía necesita ser muy buena para que tenga disculpa; se transige con ella, por espíritu de tolerancia.

Yo no creo que la lírica muera en breve, ni nunca. En mi opinión, le sucede lo mismo que al

Carnaval; decae, decae mucho, puede llegar á parecer difunto, pero la máscara es una invención de las más características; es un hallazgo que la humanidad no olvidará jamás. Figurémonos que el Carnaval desaparece, y pasan años y años sin máscaras; pues la generación que lo resucite encontrará en él delicias que no podemos conseguir nosotros. Figurémonos que nadie escribe versos en mucho tiempo; pues el primero que salga al cabo de los años mil con unas coplas, será bendito y alabado como un Homero, y volverá el furor de la poesía, y todos harán versos... No, no, más vale que la poesía lírica no desaparezca. ¡Sería terrible una resurrección! Es mejor lo que empieza á suceder ahora, que los versos están muy desacreditados, y solo cuando son muy buenos gustan á las personas inteligentes; y en tal caso, son manjar exquisito.

Por todo lo cual, no me affige que mientras veo surgir en la novela española nuevos mantenedores cada día, algunos excelentes, al contar los poetas líricos por los dedos, comenzando por el pulgar, no paso del que llaman del corazón, ó sea el dedo del medio. ¿Nada más que tres poetas? Nada más. Y si vamos á tomar á rigor el concepto, dos y medio. ¿Quién son? Campoamor y Núñez de Arce os enteros, el medio (y un poco más) Manuel del Palacio.

—¿Y Zorrilla?

—Si se cuenta á Zorrilla, tenemos más de cuatro, porque ese vale por dos ó por uno y medio. Pero entonces podemos contar á Espronceda, y al duque de Rivas, y á Quintana casi casi... Zorrilla...

—Zorrilla vive.

—Sí, pero ¿Sabe V. para qué? Para evitar á España la vergüenza de haberle dejado morir sin pensión y sin un centenario en vida, que es lo que merece.

—¿Cómo un centenario en vida?

—¿No dicen que Carlos V y otros celebraron sus exequias vivos? Pues ¿por qué no se ha de dar á Zorrilla el gusto de asistir vivo á su apoteosis? ¿No tiene el autor del *Don Juan Tenorio* crédito suficiente para girar un centenario tomado en anticipo contra la inmortalidad segura?...

Peró comprenderá el lector que si tolero estos diálogos se interrumpe á cada paso el hilo de mi discurso. Sigo sin oír más observaciones.

Esta opinión mía, que no impondría á nadie, aunque fuera gobernador de Madrid, ó Cánovas del Consejo de ministros (que nos quiere imponer á su tío el Solitario), esta humilde y bien intencionada opinión no es la del Ateneo, que empieza todos los años pidiendo lecturas de Campoamor y Núñez de Arce, y acaba dejando leer versos á los

niños de la escuela. Para el Ateneo en echando los dientes ya hay poeta lírico.

No sé si ahora que ha mudado de casa cambiará también de costumbres, pero me temo que no. Al contrario, la asistencia de las señoras temo que dé alientos á muchos líricos nuevos de aquellos que Iriarte quería mandar á guisar huevos más allá de las islas Filipinas; y si Dios no lo remedia, vamos á tener una buena cosecha de genios en la presente temporada. Esas damas, que son tan elegantes, tan virtuosas por lo común, tan bellas, en fin, *la más hermosa mitad del género humano*, como se dice todavía, aunque parezca mentira, esa mitad hermosa, en punto á lírica, suele tragarlas como puños. Casi, casi, como los hombres.

Y es más, creo que ha de llegar el caso de que guste más á esa hermosa mitad, etc., un poeta de los que escriben con almíbar, que el mismo Campoamor.

Y se comprende. El *excepticismo* de Campoamor no es para todos. Se necesita ser un gacetillero muy corrido ó un orador de la Sección de ciencias naturales para comprender perfectamente que el mundo es una farsa, y que nadie sabe donde la tiene, y que esto va siendo una perdición. Las señoras elegantes, guapas, ricas casi todas, que van á la tribuna del Ateneo, no tienen motivo para pensar que esto va á dar un estallido. De aquí que no

tengan la penetración de esos revisteros que entienden perfectamente todos los humorismos habidos y por haber, y que tienen mucha correa y copian dos eptasílabos seguidos, creyendo que son un endecasílabo verdadero. Para todo esto se necesita haber estudiado mucho, y ya se sabe como está la educación de la mujer en España. Bien, que ahora nos va á educar Pidal á todos, á hombres y mujeres.

Pues bien, por lo dicho, creo yo que día vendrá y no lejano, en que tal ó cual poeta descriptivo ó no descriptivo, que no nombraré, porque á *El Día* no le gustan las alusiones personales, leerá en el Ateneo con mejor éxito aún que Núñez de Arce y Campoamor. Y se deberá en gran parte á la más hermosa mitad del género humano.

En esto de lirismo los españoles, sin distinción de sexo, somos exagerados. Tenemos á lo lírico una afición casi tan decidida como á los toros y á la lotería. Lo que yo decía antes de la decadencia de los versos referíase á los afrancesados, á los que están plagados de extranjerismo. Recuerdo que una noche en el teatro de... no importa el teatro, se le ocurrió á una dama (porque antes se le había ocurrido al autor) concluir una quintilla diciendo:

Y el sol chispas arrancaba
del joyel de su sombrero.

Chispas fueron, que por poco se hunde el coliseo, como dicen en provincias. Ni aunque las chispas hubieran hecho presa en los bastidores se hubiese promovido semejante alboroto.

—¡Bravo, bravo! se gritaba, y tuvo que salir el autor en aquel mismo instante para que el público le devorase con los ojos. ¡Tanto se admiraba al inventor de aquello de las chispas!

Tal es el amor al lirismo de buena cepa.

Si me equívoco, mejor; pero verán ustedes cómo no; verán ustedes cómo el Ateneo no piensa que solo tenemos dos poetas y medio.

Y antes de explicar por qué no le doy los honores de poeta entero á Manuel del Palacio, á quien tanto aprecio como escritor, voy á decir en el número romano siguiente...

II

POR QUÉ SE HABLA AQUÍ DE ZORRILLA

Zorrilla no ha leído hace tiempo en el Ateneo, es probable que no lea este año; y sin embargo, yo quiero recordar su nombre, por no incurrir otra vez en una omisión censurable en que he incurrido muchas veces.

Cuando he hablado de los poetas de ahora, he prescindido casi siempre de Zorrilla, haciendo lo mismo que otros escritores que tratan estas materias. Para unos, el mejor poeta que tenemos es Campoamor; otros opinan que es Núñez de Arce, y nadie se acuerda de Zorrilla.

¿Por qué es esto?

¿Es que se cree que Zorrilla vale menos que poeta alguno español del siglo XIX? ¡Absurdo!

Es que á Zorrilla, sin querer, ya se le cuenta entre los inmortales. Sus versos no tienen actualidad, en el sentido de que no tienen sólo actualidad; tienen sí, la actualidad de lo eterno; pero en-

tonces también Garcilaso es del día, y fray Luis poeta de moda.

Zorrilla se quejaba no ha mucho del gusto que hoy domina, en una poesía que titula *La Mandrágora*; en ella hace rico alarde de las maravillas de filigrana que sabe crear con sus versos, si bien al hablar de cosas prosáicas se convierte en mal prosista. Esta poesía del gran vate nacional, si no merece excepcional consideración por su mérito intrínseco, debe llamar la atención, porque es una querella candorosa del gran mago de la rima, á quien debemos todos lo más rico del caudal de la antasía.

En *La Mandrágora* Zorrilla se queja del siglo, del gusto moderno, del análisis, en fin, de todo lo que él cree que separa hoy al público ilustrado de sus versos.

Sería una irreverencia discutir con Zorrilla si la literatura moderna va ó no por buen camino; pero no sobra todo lo que sea darle explicaciones respecto de la omisión de su nombre, cuando se trata de la poesía española de estos días.

Por lo que á mí toca—y es claro que sólo de mí puedo responder,—declaro que si omito muchas veces su nombre, es por una razón análoga á la que tengo para no decir á cada paso «Haré esto ó lo otro, si Dios quiere».

Claro es que sin Dios no se hace nada—tal creo

yo que soy un pobre *burgués*,—pero por lo mismo no hay para qué advertir lo que de sabido se calla.

Pues bueno: que Zorrilla vive es evidente; que no hay mejor poeta en España entre los vivos, evidente también; pero como los versos que le han hecho inmortal no son de estos años, se omite su nombre al hablar de la actual poesía; pero ya se sabe que en la intención se añade siempre «... y, por supuesto, Zorrilla el primero».

Y que conste, para que no se nos llame mequetrefes atrevidillos, impertinentes é irreverentes, á los gacetilleros y criticastros, que nos empeñamos en que cada tiempo tenga su literatura.

Y concluyo como el cómico del cuento. ¡Viva el rey absoluto! es decir, ¡viva Zorrilla!

III

MANUEL DEL PALACIO

Al no contarle como poeta entero, no es mi propósito mortificarle. Ser dos tercios de poeta, ¡es ya tanto! Todo consiste en la unidad de medida. Para mí ésta es un Núñez de Arce, un Campoamor. Si contáramos por... ¡atrás seductores nombres propios! diría que Palacio vale por quince. Ser algo menos que un Campoamor, y aunque sea bastante menos, no debe parecerle mal al popular autor de de quien trato.

A mí no me importa que el bombo mecánico de la gacetilla, más ó menos disfrazada, agite los epítetos del elogio en cuanto abre la boca un poeta, y lee en público.

Y aún me importa menos que los poetas escriban sonetos llenos de malicia insultando con una porción de metáforas á los envidiosos críticos, que arrojan baba venenosa y otra porción de alegorías. Aunque me comparen con la cabeza de Medusa y

con las Euménides y diablos coronados, yo no he de elevar el diapasón normal. De esta manera, cuando llega la ocasión de alabar una cosa buena de verdad, en vez de necesitar, para que se crea que aquéllo me gusta, todos los superlativos de nuestro altisonante idioma, me basta con decir, v. gr.:

—D. Gaspar, ¡cuidado que es interesante y natural, y sencillo y hermoso el poema *La Pesca!* Que sea enhorabuena.

Y ya sabe D. Gaspar que su obra me parece excelente.

Manuel del Palacio escribe muy buenos versos, expresa en ellos sentimientos poco variados, pero con naturalidad y sencillez; no se le debe ninguna obra que revele genio, pero sí muchas que merecen ser leídas por la elegancia de la forma.

En Francia hubiera sido un excelente discípulo de Gauthier, un poeta de los *escultóricos*... aquí ha sido y es un *oportunist*a del Parnaso. Me explicaré.

Palacio fué muchos años un periodista en verso. Como otros escribían artículos de actualidad, él entregaba al confeccionador del periódico versos de actualidad, sonetos, muchos sonetos, quintillas, romances, tercetos, etc., etc. Casi todos estos versos eran satíricos ó puramente burlescos—no humorísticos, Palacio no és ni ha sido, ni será probablemente humorista.—Vicisitudes de su existencia y de la política le hicieron recogerse dentro del espíritu,

contemplar su conciencia de artista y allí vió aptitudes que merecían aplicación y cultivo. Tal vez un viaje á Italia, y muchos viajes á los desengaños del mundo, ayudaron, como sugestión, al cambio relativo de su ingenio. Y el inventor gracioso del deplorable *camelo* abandonó estas nimiedades, cultivó menos la poesía satírico-política que en superficial gracejo le salía á borbotones para admiración del vulgo, y penetrando en los tesoros de sentimiento que, cuando menos como artista, poseía, expresó en forma cada vez más correcta, fácil y elegante, rica y sencilla, afectos siempre amables, como el amor de la familia, los embelesos del padre, la dulce tristeza del desencanto que nos hiere, al abrigo de más altos ideales que aquel del desengaño.

No cabe duda, en la historia de nuestra poesía ocupará dignamente una página Manuel del Palacio. No creó nada grande, no deja un pensamiento suyo, ninguna obra maestra (por supuesto hasta ahora, yo no puedo hablar de lo porvenir); todas sus poesías agradan, ninguna admira, nada ha influido en la evolución literaria de nuestros días; es un poeta más de los que han escrito con gallardía el sonoro verso español; no imita á nadie, pero nadie le sigue; es una individualidad digna de elogio, no es la personificación de un momento característico de nuestra vida literaria.

Puede decir: no soy un gran poeta, pero escribí

cuando solo otros dos españoles eran más poetas líricos que yo; y con esta *aurea mediocritas*, á que debe de inclinarse su temperamento horaciano, puede darse, y creo que se dará, por satisfecho Manuel del Palacio. Y puede repetir legítimamente lo que Musset decía de sí con excesiva modestia:

Mon verre n'est pas grand, mais je bois dans mon verre.

Esto era lo que yo quería decir al llamarle medio poeta, ó dos terceras partes de poeta. De ningún modo me proponía mortificarle, ni dudar de su entereza moral.

Pocos españoles habrá que lean con mas gusto que yo sus versos. Y leo versos de muy pocos.

Y ahora vamos á Núñez de Arce y su poena *La Pesca*, que en mi concepto, vale por mar tanto como el *Idilio* por tierra... de Campos.

IV

NÚÑEZ DE ARCE

Núñez de Arce es el único poeta lírico que produjo la revolución de Setiembre. Campoamor es anterior á ella, las *Doloras* más famosas fueron escritas antes. Aunque el ilustre autor de los *Pequeños poemas* aspira á formar escuela, y no sólo predica con el ejemplo, sino que escribe tratados de poética, esta pretensión de hacer prosélitos, me parece á mí—salvo el respeto debido—una humorada más de Campoamor. Su prosa poética, ó mejor, su verso prosa que es en él excelente, cada vez mejor, es cosa deplorable cuando le imitan algunos desgraciados. Decía Klopstock, que la imitación es como la sombra del árbol, ó más corta ó más larga que el árbol mismo; el verso-prosa de los imitadores de Campoamor siempre pecó de prosáico, siempre fué *prosa prosáica*. Además, en Campoamor, lo principal es él mismo; lo que piensa y siente y la manera original de expresar las imágenes. Nú-

ñez de Arce también se propone tener escuela, y parece que con mejor éxito, aunque en mi opinión, hasta ahora, los imitadores del poeta vallisoletano son tan malos como los del poeta del *lugar de Vega*. Pero sería más verosímil que al fin hubiese escuela de Núñez de Arce, porque, sin que le falte á él gran originalidad, carácter, individualidad literaria intrasmisible, su ideal, sus procedimientos, se refieren á lo que puede ser aspiración general, interés común y arte de muchos. Núñez de Arce toma en serio esto de las escuelas literarias; Campoamor no, aunque él jure en cruz otra cosa. Campoamor sabe que está solo, que tiene que estar solo, como están solos Heine, Leopardi, Quevedo, Fíguro, Juan Pablo, Valera, Luciano (por citar algunos y sin orden). Núñez de Arce no aspira á la originalidad del humorismo, ni se entretiene mucho tiempo en cantar sus sueños, sus tiquis-miquis psicológicos, como diría el autor de *Asclepigenia*; si valiera todavía la terminología de cuando yo estudiaba, diría que el poeta castellano es más épico que lírico. ¿Y los *Gritos del Combate*? se dirá. Hermosos gritos, en efecto; no falta allí subjetivismo (como decían algunos en mis tiempos, aunque está mal dicho); pero lo más de aquel libro excelente es poesía épica, á pesar de la forma. Aun allí le preocupan más las cosas que le suceden al mundo, que las que le pasan á él mismo. Por eso es precisa-

mente el poeta que produjo la revolución, como decía al principio. Ciertamente hay allí poesías puramente líricas, como aquel romance, que si no recuerdo mal, empieza así:

¡Cuántas ilusiones muertas
y cuántos recuerdos vivos!
—En el corazón humano
jamás se forma el vacío.

Verdad es también que la epístola «La duda» en que habla con terror del análisis diciendo:

¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternal!...

puede tomarse por lírica sin mezcla; pero en general las poesías de este tomo se refieren á la realidad exterior, y son cantos de libertad, himnos al progreso, á la fe, tal vez ausente, elegías trágicas, si cabe la expresión, en que se lamentan las luchas terribles del siglo.

«¡Hijo soy de mi siglo!» es el grito de Núñez de Arce. En Campoamor no se concibe grito semejante. Campoamor diría en todo caso: *ego sum qui... sum*, sin añadir *qui futurus sum*, por modestia y porque no está seguro. Las dudas de Núñez de Arce son de las que acaban en la fe, porque la desean, porque ven en ella la salvación! Son una especie de dudas provisionales, como la de Descartes, pero

más poéticas. Y en efecto, pasan años, y el ingenio del poeta castellano, al llegar á toda su madurez ya no canta la duda, ni siquiera escribe en forma lírica; prefiere el poema, el verdadero poema épico; no como el pequeño poema de Campoamor que es, ó puro simbolismo de sus ideas y sentimientos, ó expresión dramática de una psicología profunda y perspicaz, de una observación fina, valiente al traducirse en poesía. Después de los *Gritos del combate*, ¿qué escribió Núñez de Arce? Poemas y más poemas. Aquel mismo libro, ¿cómo termina? Con un poema semi-histórico, *Raimundo Lulio*, nunca bastante alabado; y después vienen: el *Idilio*, en que el amor del poeta se expresa en forma descriptiva y narrativa, con elementos épicos casi exclusivamente; *La Visión de Fray Martín*, *La Selva oscura*, *El Vértigo*, poemas épicos todos, aunque los dos primeros sean lo que aún se llama trascendentales. ¿Qué es *La última lamentación de lord Byron*? Una poesía de las que algunos estéticos apellidan intermedias, como las *Heroidas*, de Ovidio; el lirismo hecho poesía épica, con tan marcada tendencia al predominio de este último elemento que, en la descripción de Grecia y de aquella famosa batalla en que perecen en una sima las suliotas, está lo mejor del poema. Sí, Núñez de Arce sería un poeta épico más que nada, si ahora se hablase todavía como hace años. Veremos al tra-

tar de su último poema, *La Pesca*, que de esta tendencia nace principalmente la facilidad que hay en su poesía para servir de transacción entre el lirismo idealista y el adecuado á los procedimientos del mal tratado y mal entendido naturalismo.

Pero ahora se trata de otra cosa; de seguir comprobando que Núñez de Arce puede aspirar, con probabilidades de conseguirlo, á formar escuela. Este carácter *objetivo* (como se decía antes, sin deber decirlo), de la inspiración de Núñez de Arce, se presta á la imitación seria, ó mejor diré, á la formación de una escuela, de una *tendencia* por lo menos, más que la naturaleza inimitable de la poesía campoamarina, *una é indivisible*, como la famosa República francesa.

Viniendo ahora al elemento formal, se observa lo mismo. La novedad de la poesía de Núñez de Arce es el predominio de la descripción correcta, exacta, tomada de la observación de la naturaleza, siguiendo el orden de ésta, no someténdola al punto de vista psicológico, ni subordinándola á los intereses del lirismo; no la descripción según el ánimo, sino la descripción de las cosas, *según su género*. Y por lo que se refiere al estilo, Núñez de Arce no pretende crear manera inusitada, sino atenerse á la forma clásica, depurándola, si cabe; quiere ser original por fuerte y correcto, por sencillo y noble en el decir: el vocabulario que

emplea es el que los buenos poetas emplearon siempre.

(Ya veremos que en este punto *La Pesca* ofrece ciertas atrevidas y felices novedades). Pues todo esto, lo mismo el predominio de la descripción *desinteresada, ordenada ó realista* (epítetos á escoger) que la fuerza, corrección, nobleza y sencillez del lenguaje, puede servir de modelo, puede ser el dechado de una escuela.

Tenemos que Núñez de Arce puede legítimamente y con toda formalidad crear una escuela. ¿Y á qué vino todo esto? Ante todo, á indicar el carácter general de su ingenio; pero además vino á cuento, porque demostrada—ó poco menos—esa *posibilidad*, adquiere mayor importancia el punto que se expone en esta pregunta: ¿Hay tendencias en Núñez de Arce al naturalismo? Esto es lo que vamos á ver luego, sobre todo, al examinar *La Pesca*. Pero antes dos palabras, para decir por qué creo que esa escuela, que puede formarse, no se ha formado todavía.

No ha dejado de formarse por falta de tiempo, sino por falta de mimbres; es decir, por falta de poetas. La juventud de más ingenio—que es poco numerosa—no se va tras los versos, en esto hay que convenir, y los jóvenes amables que hasta ahora han imitado ó seguido, ó como se quiera á don Gaspar, han demostrado mejor deseo que faculta-

des. Y como esto no es ofenderlos, no tengo inconveniente ahora en citar nombres.

El Sr. Velarde, á quien yo he negado, y niego, la calidad de poeta notable, es el que hasta ahora se ha considerado, ó para evitar anfibologías, ha sido considerado como legítimo discípulo, digno de tal maestro. Creo haber demostrado cien veces que tal juicio es erróneo; pero como el Sr. Velarde leerá probablemente en el Ateneo, cuando esto suceda volveré á aducir mis argumentos, apoyados en nuevas pruebas documentadas. Si, como oí decir, el Sr. Velarde está en Filipinas, ó en camino, entonces no diré nada. Otro gran poeta anuncian estos días los periódicos: el Sr. Ferrari. Hay quien asegura que no se trata ya de *un poeta*, sino de *El Poeta*.

Esto es, *precisamente*, lo que dice Justiniano en la Instituta, hablando de Homero y de Virgilio, á quien griegos y latinos, respectivamente, llaman, según el Emperador, *el poeta* por antonomasia. Yo me alegraría mucho de que el Sr. Ferrari resultase ser el Virgilio y hasta el Homero de España, pero todavía no puedo asegurarlo, porque sólo conozco de su *Pedro Abelardo* (el de Remusat, que es dramático, lo conozco entero) más que algunos fragmentos publicados por los periódicos.

No los entiendo (los fragmentos, á los periódicos sí), pero en cuanto lea el poema de arriba á abajo,

diré mi opinión acerca de su mérito. Mucho es ya que las señoras lo hayan aplaudido con los pañuelos, como á Martínez Campos cuando volvía de Sagunto; pero ni yo me dejaré alucinar por este triunfo, ni el Sr. Ferrari debe dejarse alucinar tampoco. No vaya á suceder como con *La Pasionaria*. Allí todo era genio—y figura—y ahora empieza á verse claro que la gramática no parece, y que el drama no valía tanto como decía el capitán general de Castilla la Nueva.

Pero de todas maneras, el Sr. Ferrari, más humilde que sus panegiristas, se ha declarado discípulo de Núñez de Arce, según dicen. Ya lo veremos; porque este sectario no se ha marchado á Filipinas—es cosa segura—y podremos hablar de él en su día.

Y aunque, en rigor, no he salido de mi asunto, dejo estas digresiones concomitantes, y vuelvo con toda seriedad al Sr. Núñez de Arce, maestro á quien hoy por hoy no creo que le dé cuchillada ningún discípulo.

¿Hay tendencias en Núñez de Arce al naturalismo, en cuanto la lírica puede tenerlas?—La ilustre Pardo Bazán parece columbrarlas. Es de advertir que el naturalismo no tiene gran afán por una poesía lírica. Zola mismo habla de los poetas franceses que pudieran considerarse dentro de su escuela con cierta frialdad, y prefiere á Víctor

Hugo explícitamente. En mi humilde opinión, las *Neurosis*, de Rollinat, por ejemplo, el libro de versos más parecido á lo que muchos creen el naturalismo, no tiene de naturalista más que lo poco que tiene de sincero y sencillo, sobre todo en su tercera parte. Pero aquellas *Lujurias* no son naturalismo, son... lujurias. Me parece más próximo á lo que podría ser la lírica naturalista el malogrado Glatigny, porque al entrar en el burdel y describirlo, lo ve y describe como artista que pinta, no como *lírico* que siente arrebatos más ó menos histéricos. Yo he tenido el gusto de decir—en artículos que ya no recordará nadie—que Campoamor, en cierto sentido, en el de la *sinceridad lírica* y la penetración psicológica, se acercaba al naturalismo en su poema *Los buenos y los sabios*; pero de ningún otro poeta español puede afirmarse ahora otro tanto. Con algunos ejemplos explicaré la idea que entonces exponía en muchos párrafos. ¿Qué es lirismo anti-naturalista? Esto:

«Para y óyeme, oh, sol, yo te saludo...» Espronceda mandando al sol pararse y saludándole era *grandioso* si se quiere, pero no iba camino de la *lírica sincera*.

¿Qué es poesía con tendencias al naturalismo? Esto:

De pronto grita Juan:—¡ Ahí va la estacha!—

Miguel la frente agacha
para esquivar el golpe...

Aquí Núñez de Arce se vuelve á la naturaleza verdadera, imita la gracia de sus formas, la respetada, ve su poesía honda y conmovedora en los portamentos que parecen insignificantes y no lo son; hace lo mismo que Campoamor cuando advierte que los pantalones de Juan Soldado se vuelven azules.

En cambio es puro lirismo este otro fragmento de *La Pesca*. Habla el poeta con el mar, y dice:

Todo enmudece y cae en el misterio;
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo á polo
temidos son, tú solo
sientes rodar los siglos y no callas.

Aquí no hay sinceridad del sentimiento; eso es retórica, *bonita* si se quiere, pero retórica. A un hombre de tan buen juicio como Núñez de Arce no puede asustarle que el mar no se calle nunca. Más raro sería que se callara.

Pero aún no es tiempo de examinar *La Pesca*. Antes de este poema yo nada había visto ni en

los versos, ni en las teorías estéticas de Núñez de Arce que me hiciera esperar un cuarto de conversión—nada más que un cuarto—al naturalismo lírico, por más que el idilio paréceme *sentido* de veras y acaso sea anuncio de posteriores transformaciones.

Hace tres años ó cuatro, cuando por primera vez se discutió en el Ateneo la naturaleza y propósitos de la escuela literaria, hoy tan combatida por toda clase de ignorancia y pedantería, Núñez de Arce, en los pasillos—no en la sección—hablaba con gran calor en pro del idealismo, se declaraba uno de los más decididos adversarios de Zola y sus teorías. Sin ofender á nadie, me atrevo á decir que eran pocos los adversarios del naturalismo que estuviesen enterados de lo que era y que hablasen con algún fundamento de la cuestión. Núñez de Arce, enemigo absoluto, y González Serrano, relativo, eran los dos literatos de fama que sabían algo del caso y oponían argumentos dignos de ser rebatidos, por salir de lo vulgar y de los pensamientos y frases hechos. Á Núñez de Arce le servían, sobre todo, su gran talento, la seriedad profunda con que atiende á los intereses del arte y esa estética no aprendida que saben todos los poetas verdaderos. Mientras un gracioso de oficio, un chascarrillo ambulante, gritaba por todos lados: «Señores, ¿qué mejor naturalista que